



MADAMA DE BORNES SE ENCARGA DEL BILLETE DE LUISA PARA ENRIQUE.

EL LOBO Y EL CORDERO.

IV.

EL MOMENTO DECISIVO.

Mma. de Noirmont que habia pasado en cruel insomnio la noche que siguió el escandaloso incidente de que habia sido objeto, sintió por la mañana cambiarse sus sospechas en realidades al saber la salida de su esposo á hora desusada, y no teniendo cerca de sí á nadie á quien pudiera confiar su secretos escribió á Mma. de Bornes en estos términos.

«Acaba de salir mi esposo; tiemblo de adivinar la causa y el objeto de su ausencia á semejante hora, ó mas bien no me cabe duda alguna... ¡Dios mio, salvadle...! Carolina, hermana mia, vela por él, protégele, pues yo hasta he perdido el derecho de defenderle. ¡Y el imprudente Enrique! dile que le perdono, suplicándole de rodillas que no insista en perderme para siempre. A cualquier punto que vuelva mis ojos veo sangre y desdichas. Mi cabeza se extravía... son las siete de la mañana... he llorado todas mis lágrimas... ¡Si al menos me fuera dado morir!»

Mma. de Bornes contestó inmediatamente esas dos líneas.

«Mucho me afecta tu desgracia, hermosa mia. Te prometo no perder de vista á tu esposo.»

Sorprendieron á Luisa esta frialdad y este laconismo; mas se la ocurrió si seria un medio indirecto de manifestar su amiga que no paraba mientes en lo censurable de su conducta ni en lo inoportuno de su carta. Luisa agradeció interiormente la generosa delicadeza de Mma. de Bornes por haber economizado consejos tardíos y reconvencciones humillantes.

Por la mañana se presentó Enrique en casa de Carolina, quien no rió poco al saber el singular expediente imaginado por M. de Noirmont. Aun cuando el giro que tomaba el asunto contrariase ostensiblemente sus proyectos, los sencillos terrores del conde de Pons reprimieron en sus labios las expresiones de su desprecio, y la disyuntiva de *muerto ó casado* la hubiera parecido altamente cómica, si el carácter de M. de Noirmont hubiera consentido que se supiesen intenciones de divertirse á costa ajena. Ignoraba totalmente la ignominiosa satisfacción arrancada á la pusilanimidad de su protegido, circunstancia que el narrador omitió con la mayor prudencia. Ambos consideraron la carta de Luisa como una fortuna de la que cada cual debia hacer uso segun sus miras personales. Además, Enrique de Pons se prometió en su mente servirse de ella como de un arma temible para neutralizar el efecto de la molesta declaración que M. de Noirmont poseia. Por mas que estuviese tranquilo, segun la palabra de este, acerca del uso que podia hacer de aquel testi-

monio infamante, conocia Enrique harto bien la firmeza de M. de Noirmont para dudar que cumpliria escrupulosamente todo lo que habia prometido. Por eso agotó todos los recursos de su ingenio para persuadir á Stival de que la honra de una dama era superior á todas las consideraciones; que si el desafío se verificara entre ellos ocasionaria la pérdida de Luisa; que no se sentia con la suficiente fuerza para poner en ridículo á un hombre honrado y amigo de sus amigos; que por lo demas se arrepentia de un arrebato que no habia sido dueño de reprimir, y del cual pedia un completo olvido en obsequio de un interés mas caro para su corazon que el de su propia dignidad. Sorprendido Stival de aquella repentina mudanza de lenguaje, le atribuyó á la intervencion de Luisa en aquel asunto; suposición que rechazó Enrique con una debilidad propia para darla la fuerza del convencimiento. El ofendido que no tenia otro interés en sostener un lance con Enrique que la reparacion del insulto que le habia hecho, consintió en aceptar las esplicaciones del agresor, harto sospechosas en su dictámen.

A despecho de Mma. de Bornes triunfó así la firmeza de M. de Noirmont de una odiosa trama. Cara le costaba no obstante la victoria, pues quizá habia dado un golpe mortal á su ventura. Si consiguió sofocar un lance que debia dejar mal parada su honra, adquirió en cambio la certidumbre, no de que existiesen criminales relaciones

